cias sofisticas de los que, si antes de su promulgacion eran excusables de alimentar ilusiones vanidosas, despues de ella no merecen ya otro título que el de infatuados pedantes. Ellos han combatido la doctrina cristiana, pero no la han reemplazado.

En vano las grandes eminencias filosóficas se han esforzado en tejer una nueva religion: todos se han reducido á ciertas supresiones, añadiduras y combinaciones en el antiguo símbolo que han revelado dos cosas: primera, el deseo de catequizar por parte de los neoapóstoles; segunda, la imposibilidad de formar un catecismo sério fuera del catecismo católico.

JESUCRISTO definió todo lo definible; las grandes definiciones las pronunció la Iglesia de los niños. Las escuelas antiguas se hacian ensavando dar definiciones de Dios, del alma, del mundo, de la justicia, de la verdad, de la soberania, del amor, de la felicidad: mas todo esto fue definido. El Verbo que reveló en seis dias toda la creacion material, predicó en tres años toda la doctrina verdadera. y así como despues de los seis dias ya no aparecen nuevas especies, despues de los tres años ya no orientan nuevas verdades. Los químicos pueden hacer nuevas combinaciones con los elementos antiguos, pero crear elementos nuevos no lo pueden. Los filósofos. à semejanza de los químicos, pueden combinar nuevos sistemas. instituir nuevas doctrinas no lo alcanzarán. Esto irrita la vanidad filosófica, la falsa filosofía, pues es falsa toda la que no se dirige exclusiva y directamente á la verdad, no se aviene á esta perpétua sujecion á que la Iglesia condena su criterio, y protesta; pero la verdadera filosofía no empieza protestando, sino examinando.

La Iglesia, además de la guerra de los poderosos y de los sábios, debe sostener tambien la de los artistas. Estos gozaban de una soberanía social mas halagüeña y popular que la política ó civil. Con frecuencia el pueblo coronó la frente de un poeta ó de un escultor, porque eran estos artistas los dioses de las pasiones. Ellos las suscitaban con mano segura del seno de la calma, y las hacian caer, como lluvia de rocio, en los corazones de los atraidos á la admiracion de su obra. El pueblo no acariciaba otros sentimientos que los que dictaba la venganza fiera ó el goce sensual.

La estética era materialista como el poder, ó mejor, no existia la estética; este Cristianismo del sentimiento, esta emocion profunda que la creacion artística, inspirada por el Cristianismo, excita en el fondo del espíritu que cree y ama, esta corriente, producida por el celeste iman con que Jesucristo toca los corazones que vienen á inspirarse en el suyo, para encontrar en él, como encuentran, reunidos los tipos de las cosas bellas del universo; esta corriente, esta inspiracion no la alcanzó el artista pagano. Jesucristo creó un nuevo arte, cuyo laboratorio constituyó en su corazon; un abrazo de Jesucristo hace del hombre de genio un artista tan aven-

tajado, que al lado de sus obras, las obras del paganismo parecen sombras comparadas con el resplandor; ellas os revelan, aunque las contempleis un solo momento y á simple vista, que «sus autores «son discípulos del Autor del universo.»

Como vais notando, la gloria del artista cristiano es ser discípulo del Verbo; ¡discípulo! ¡Ah! el artista deseaba la soberanía de la imaginacion, como el político la deseaba del pueblo, y el sábio de la inteligencia; Jesucristo viene á disipar sus ensueños, por esto se rebela y dice: «yo opondré á la estética cristiana la estética de las «pasiones,» y lucha y se esfuerza en avivar las pasiones que el Cristianismo subordina. La lujuria, la impudencia, todos los vicios se mancomunan para inspirar al artista anticristiano, verdadero sacerdote de la inmoralidad.

Tenemos, pues, señores, que la Iglesia sostiene la guerra que le hacen las tres divisiones mas importantes de la sociedad; por lo que el Cristianismo es poder, y adora en la frente del Padre eterno la corona de la autoridad universal, es atacada por los soberanos: por lo que el Cristianismo es plenitud de verdad, á cuya personificacion adora, al verse coronada con la diadema del Hijo, los sábios terrenos le atacan tambien; los artistas se levantan asimismo contra él, pues aclamando la soberanía del Espíritu Santo anatematiza el reinado y la libertad de las pasiones. El poder del Padre, la verdad del Hijo y el puro amor del Espíritu Santo, tales son, señores, las tres causas de la oposicion de los soberanos, de los sábios y de los artistas al dominio temporal de la Iglesia.

## II.

— Pero no hemos concluido aun la revista de los enemigos: existen mas combatientes. Los grandes hombres han arrastrado grandes masas; el orgullo de algunos soberanos, la vanidad de algunos sábios y la concupiscencia de algunos artistas han tramado revoluciones populares contra la Iglesia. Ellos llaman desde ahora nuestra atencion; considerémoslos.

Desde ahora conviene dejar consignado que las muchedumbres no son responsables de sus crímenes en el mismo grado que los soberanos, los sábios y los genios. Las fuerzas de las primeras obran en virtud del Verbo de los segundos. Estos obran por orgullo, por vanidad, por concupiscencia, aquellos solo obran por obcecacion. Los grandes hombres, no solo han negado el poder, la verdad y el amor que veian, lo han ocultado á las masas para que no les vieran. Y esta es una de las razones por que las masas se creen bien encaminadas, á pesar de que se las conduce por el borde de precipicios.

Existen dos revoluciones, instintiva la una, la otra filosófica; esta concibe, combina y dirige, aquella ejecuta ciegamente. El pueblo observa que está muy léjos del Evangelio, y quiere le-

vantarse y andar hácia él; el orgullo filosófico ve que el pueblo debe levantarse, y dice: Levántate, pero para seguirme.

Veamos lo que quiere la revolucion filosófica, y cómo lo hace para

explotar en su beneficio la revolucion popular.

El espíritu de la revolucion dice: ¿Quién como yo? La Iglesia dice: Que el mayor de los hombres sea humilde como si fuera el menor: ¿observais la diferencia? La Iglesia nivela la grandeza de los hombres con el rasero de la humildad; la revolucion, por el contrario, tiende á desnivelar la igualdad de los hombres, creando el poder absoluto de la razon, apoyada por la fuerza bruta, ó lo que es igual, el absolutismo de los mas atrevidos racionalistas.

El espíritu de la revolucion dice: «Solo la muchedumbre es arca, «custodia y oráculo de los derechos y de la justicia.» La Iglesia dice: El hombre es imágen de Dios, Dios es el principio de toda riqueza, y él reparte los dones, segun los sábios planes de su providencia incomprensible; respetad lo ajeno: venerad al hombre. ¿Observais la diferencia? La Iglesia proclama el derecho de propiedad, salvando con él el de la libertad; la revolucion ataca la autoridad é insulta la libertad negando la propiedad.

El espíritu de la revolucion dice: Es necesario establecer la economía social sobre las bases del ingenio, la fuerza y el trabajo. La Iglesia dice: El complemento de la economía social es la unidad. ¿Comprendeis la diferencia? La revolucion no atiende sino á los poderosos por naturaleza, la Iglesia atiende á los poderosos y á los débiles, y mas á los débiles que á los poderosos; en fin, la Iglesia católica proclama la fraternidad, la libertad y la igualdad; la revolucion anticatólica quiere el privilegio, la esclavitud y el absolutismo del interés y de la fuerza. Y si deseais que os presente los símbolos respectivos de la revolucion y de la Iglesia, los tengo á la mano: la filosofia de la revolucion está reasumida en una palabra: El Estado soy yo. Quis ut ego; la filosofia política de la Iglesia lo está por el título de todos nuestros Sumos Pontífices: Soy el siervo de los siervos.

De lo que podeis deducir que el plan de la revolucion es destruir por su base la influencia de la Iglesia en el tiempo, porque si se establece el imperio de la igualdad, de la fraternidad y de la libertad, basado en la justicia, ¿dónde apoyarán sus tronos los representantes del orgullo, de la ambicion y de la envidia? No encontrarán lugar á propósito.

Hé ahí lo que quiere la revolucion filosófica: ¿tiene idéntico espíritu la revolucion popular? El pueblo observa que le faltan los principios del Evangelio y los busca: pero como á sus directores no les conviene que los encuentre, se los ocultan, y ¿ de qué manera? Desacreditando con sofismas y calumnias á la Iglesia que los conserva y que se los daria. Que el pueblo no conozca la Iglesia, esto es lo que se proponen evitar.

Ellos han dicho entre sí: «Hagamos entender á los pueblos que la

«mision de Jesucristo nada tiene que ver con el tiempo, que es to«da eterna, y que desde el momento en que los sacerdotes se propo«nen intervenir en la moral política, se extralimitan ya, y por lo
«tanto no pueden ser movidos sino por miras ambiciosas: que el
«campo del sacerdote no es la tierra sino el templo, que Jesucris«to vino á reformar la conciencia no la historia; así, prosigue, en«cerraré la Iglesia en el templo, y yo me quedaré libre en los talleres,
«en los palacios y en los bufetes; así haré entender que las fron«teras de la conciencia humana son las del reino de la justicia di«vina.»

Permitidme, señores, que me ocupe, aunque someramente, de estas acusaciones sofísticas á la Iglesia por la revolucion impía, á fin de que, puesta de relieve la improcedencia del razonamiento, con que pretenden encubrir la verdadera causa que las motiva, esta quede en toda su desnudez y pueda verse su deformidad.

El campo del sacerdote, se dice, es, no la tierra sino el templo! Falso; JESUCRISTO dijo á los primitivos sacerdotes: Id! y ¿ dónde? ¿á predicar en mis templos? No. ¿Cómo podia decirlo si no existian todavía templos? Id!!! Y ¿dónde? ¿á predicar junto á los altares? No: ¿cómo podia decirlo si no habia en la tierra sino un altar verdadero, que el mundo llamaba cadalso, la cruz, altar mayor de la cristiandad, erigido en el Calvario! Id!!! ¿dónde mandaba, pues, CRISTO á sus discípulos? óigalo la revolucion y confúndase: Id. enseñad á todos los pueblos: Ite, docete omnes gentes; y no solo enseñadlas, bautizadlas: baptizantes eos, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo: el campo de la Iglesia es la redondez de la tierra; por esto el Profeta, hablando de los propagadores del reino de CRISTO, decia: In omnem terram exivit sonus eorum, et in fines orbis terræ verba eorum. El eco de su voz se levantó: ¿ dónde ? ¿ solo en las catedrales, solo en el Vaticano? No, hasta á las fronteras del mundo; sus palabras son escuchadas hasta llos confines de la tierra; y, en fin, hermanos, Pedro, cabeza y representante de la Iglesia, predicó el primer sermon, no en un templo, sino en una plaza.

Dice además la revolucion: «Jesucristo ha venidojá reformar las «conciencias, no la historia; » y yo pregunto: ¿ Qué es la historia? ¿ No es la série, el enlace, el sistema de acontecimientos ejecutados por los hombres? Y el móvil de los hombres, ¿ qué es? El apetito, la fuerza, el capricho; estos constituyen el móvil de los brutos: el móvil de los hombres es la conciencia. Si los acontecimientos humanos nacen en la conciencia, en la conciencia radica la vida de la historia; si la vida de la historia radica en la conciencia, ¿ quién negará que Jesucristo, teniendo el imperio de las conciencias, tiene el imperio de la justicia? Esto es mas claro que la luz del dia.

Si la Iglesia tiene derecho de decir á un rey: non licet tibi, el rey tiene el deber de abstenerse del acto prohibido por la Iglesia: y si

el rey, obedeciendo á su conciencia, modifica su conducta, deja de cometer esta ó aquella injusticia; yo pregunto: En tal caso, la Iglesia ano interviene, no influye, no modifica la historia? digo que sí. Por consiguiente, señores, á los que dicen que la Iglesia tiene imperio en la conciencia y no lo tiene en la historia, podemos llamarles desvanecidos, ya que no debemos suponer, que estando en el pleno goce de sus conocimientos se resignen á contradecirse. Lo que hay, hermanos, reconozcamoslo puesta la mano en el corazon; lo que hay en el fondo de todo esto, es un horror a la pureza de la ley de Jesucristo, y una evidencia clara de que la ley de Jesucristo es la ley del deber: el hombre odia el deber, y por esto odia la Iglesia, y no pudiendo negar la justicia en la Iglesia, niega que el tiempo deba admitirla; en fin, la revolucion concede los derechos al Evangelio y se resiste á respetarlos.

La conciencia humana se insubordina á menudo contra el non licet tibi del ministro cristiano: trata de contrarestar el non licet tibi de la Iglesia á la revolucion con el non licet tibi de la revolucion á la Iglesia. Esto ha sucedido siempre; lo que hoy sucede no es sino la repeticion de lo que recordaréis aconteció cuando todavía Jesucristo vivia entre los hombres.

Un dia, la voz del Profeta, destinado á preparar el camino al imperio cristiano, dejóse oir en la corte de Herodes: ¿cuáles fueron sus palabras? Non licet tibi, dijo al representante de la historia; el representante de la historia ¿cómo contestó? Decapitando al Profeta, que se limitaba á ejercer su ministerio enviando sus órdenes á la conciencia de aquel rey.

Pues bien, aquel episodio tremendo y sangriento se ha reproducido cotidianamente desde entonces entre los revolucionarios y los sacerdotes; cada tercio de siglo, entre los grandes déspotas y los Sumos Pontifices: de trecho en trecho de la historia humana oiréis la voz del sacerdote diciendo al poder en nombre de Cristo: non licet tibi; y oiréis tambien el golpe de la espada, ó la detonacion del arma que derriba, en nombre del poder soy yo, la cabeza de los ministros de Jesucristo.

Yo me he equivocado: voy á rectificar, he dicho que de continuo se oia la palabra del sacerdote diciendo á un rey: non licet tibi y el golpe de la espada que contesta, cortando la cabeza al sacerdote profeta; hoy no se observa esto; hoy no es un sacerdote que diga á este ó aquel poder, non licet tibi; hoy son todos los sacerdotes hoy, es el Pontificado el que dice á todos los reyes y á todos los pueblos: non licet vobis, y hoy se oyen las voces de los reyes y de los pueblos que contestan: «Decapitemos de una vez la cristiandad; caiga á nues-«tros piés Roma, la reina de nuestras conciencias, y seamos dueños «absolutos de la historia;» y empiezan á oirse récios golpes sobre la cabeza de la cristiandad.

Tal vez la harán saltar de su tronco natural, como Herodes hizo

saltar la de Juan; tal vez el orgullo obtendrá uno de aquellos triunfos que eran tan comunes antes de que Jesucristo libertara el mundo dando el poder de la historia á su Iglesia; quizá mientras se decapitará el imperio visible de la Iglesia, sus enemigos danzarán alegres al rededor de los restos amontonados y al parecer ruinosos de la justicia, como en el palacio de Herodes los cortesanos y las cortesanas danzaron al rededor del sacrilego plato que conservaba la augusta y santa cabeza del Profeta; todo puedeser, puessi mirais la fisonomía del mundo, habréis de confesar que en parte es de hierro, y á fisonomía de hierro corresponde corazon de mármol: yo creo que todo puede ser, yo temo que todo será; yo creo que el que tiene valor para levantar la espada ante la justicia de la Iglesia, tendrá valor para descargarla contra ella; pero, cuando el poder temporal del hombre habrá empleado otra vez todos sus recursos contra el poder temporal de Dios, ¿ pensais que la Iglesia dejará de ser la reina de los tiempos? ¿pensais que el Cristianismo dejará de obtener el imperio de la historia? Si lo pensárais yo os llamaria: Hombres de poca fe.

Al martirio de Juan sucedió el cumplimiento de sus anuncios: los destinos de la verdad se realizaron, y tambien se realizaron los destinos de sus enemigos; á estos, el Señor se les convirtió en enemigo, y el mismo los derrotó; á los hijos de la verdad les dió lo que les habia prometido por Isaías: Ellos poseerán eternamente la tierra, siendo unos pimpollos plantados por mí, obra de mis manos, para que yo sea glorificado.

Dejad, dejad que Herodes consume su obra; dejad, dejad que los nuevos redentores consumen el sacrificio; dejad, dejad que se coloque en el plato de la ignominia la cabeza de la profética Iglesia: los déspotas no podrán esconder aquel plato á la vista de los pueblos, y desengañaos, el Cristianismo ha sembrado en los pueblos sentimientos de dignidad y de misericordia: pues bien, los pueblos dignos y misericordiosos se levantarán de su letargo, lo grandioso del escándalo sacudirá su estúpida indiferencia, se acordarán de lo que les hizo el Cristo, y pedirán á quien corresponda cuenta y razon de la vida del Primogénito de los poderes : y ¡ay! ay del dia, hermanos, en que la injusticia se vea obligada á presentarse á los pueblos sin máscara: en aquel dia la sangre del gran justo clamará venganza ante el pueblo, porque al pueblo va no podrá ocultársele que los enemigos de la Iglesia le quitan el pan quitándole la fe, la paz quitándole la moralidad; pero cuando la mano del pueblo se extenderá para hacer justicia, la mano de Dios va la habrá hecho.

Y los pueblos verán á Herodes, que decapitó á Juan, comido de los gusanos; pues bien, la revolucion, que pretende decapitar la Iglesia, morirá, comida por sus propias disidencias y pasiones; los gusanos, es decir, los frutos de su propia concupiscencia serán su perdicion.

He concluido el tiempo de que podia disponer para desarrollar mi idea: hemos examinado el carácter de los enemigos de la Iglesia, los hemos clasificado, y les hemos preguntado por qué le dirigian tan sistemática oposicion. Vosotros habeis visto cuán alto brillan la verdad, la justicia y la pureza de la Iglesia católica, y cuán á salvo se encuentra esta de las asechanzas apasionadas de los soberanos, de los sábios, de los artistas y de las muchedumbres.

Solo me falta recordaros que toda esta guerra dirigida contra la Iglesia en abstracto, es en concreto sostenida contra el Pontificado. Los soberanos, los sábios, los artistas y las ilusionadas muchedumbres han repetido estas palabras, que como modelo de impiedad consigna la santa Escritura: «Armemos, pues, lazos al justo, «visto que no es de provecho para nosotros, y que es contrario á «nuestras obras, y nos echa en cara los pecados contra la ley, y nos «desacredita divulgando nuestra depravada conducta. Protesta te-«ner la ciencia de Dios, y se llama á sí mismo Hijo de Dios. Se ha he-«cho el censor de nuestros pensamientos. No podemos sufrir ni «aun su vista, porque no se asemeja su vida á la de los otros, v si-«gue una conducta muy diferente; nos mira como á gente frívola v «ridícula, se abstiene de nuestros usos como de inmundicias, pre-«fiere lo que esperan los justos en la muerte, y se gloria de tener à «Dios por Padre. Veamos ahora si sus palabras son verdaderas: ex-«perimentemos lo que le acontecerá, y verémos cuál será su para-«dero. Que si es verdaderamente Hijo de Dios, Dios le tomará á su «cargo y le librará de las manos de sus adversarios 1.»

Tal es el discurso de los enemigos del Pontificado, hé ahí de lo que le acusan. Un célebre expositor, que os cito con alguna frecuencia, ocupándose de este pasaje bíblico, dice que en él se consignan implicitamente doce causas de la persecucion de Jesucristo: confiesan sus enemigos que le persiguen : «Primera, como inútil, esto «es, molesto y dañino; segunda, como contrario á sus obras; «tercera, porque les echa en cara las transgresiones de la lev: cuar-«ta, porque se llama Hijo de Dios, y enseña que su doctrina y cien-«cia es mejor que la de Moisés y mas pura la santidad de su reli-«gion; quinta, porque adivina y ostenta los mas secretos é intimos «pensamientos; sexta, porque les ofende su presencia, gravedad, «modestia y santidad de ánimo; séptima, porque su vida no se ase-«meja á la de los demás; octava, porque sus caminos son siempre «rectos é inmutables sus actos; nona, porque los califica de viles, «fabulosos y pendencieros; décima, porque se abstiene siempre de «seguir sus caminos; undécima, porque prefiere las postrimerías

«de los justos; duodécima, porque se gloria de tener solo por Padre «á Dios 1.»

Las causas de la persecucion al Pontificado no os diré que se asemejen á las doce notadas, porque son las mismas y deben serlo: el Pontificado es la perpetuacion del Verbo. El Verbo pontificio ha inferido por consiguiente los mismos agravios que el Verbo de Dios, á la revolucion impía. Por esto le han formulado idéntico proceso, y es, sin variacion alguna, el que los impíos, citados en el libro de la Sabiduría, dirigen al varon justo.

Con esta conferencia termino, ó mejor, suspendo la série de consideraciones dictadas por la corona de poder que el Padre eterno puso en las sienes de la Inmaculada Vírgen, símbolo glorioso de la Iglesia: mañana nos ocuparémos de la corona de sabiduría con que el Hijo la glorificó.

<sup>1</sup> A Lap. Sap. n.